



INTRODUCCION

DÍGOTE, bondadoso lector, que al consentir en la idea de ofrecerte en libro compaginado la narración de los hechos que han tenido su desarrollo en la bienaventurada sociedad mexicana, y han sido vistos por mis propios ojos, asaltáronme dos dificultades que si no dieron al traste con mis propósitos, retardaron al menos su ejecución: sea la primera, el recelo de desagradarte con un estilo desabrido y mal perjeñados conceptos, aunque, te juro, he procurado en cuanto de mí ha dependido, no causarte tal disgusto; sea la segunda, el temor de aparecer á tu vista presuntuoso, lo que libreme Dios de haber imaginado. He llamádote bondadoso para prevenir tu ánimo en mi favor y lo dispongas para el perdón que bien merecen las faltas en que incurra contra esa deidad tan bella como altiva de nombre Minerva, deidad para mí muy respetable, pero de tan alto abolengo que solamente los príncipes de la literatura se codean con ella.

Han arrastrádome, lector mío, para expresar mis ideas de la manera que acabas de leer, dos corrientes que, según he observado, nunca han suspendido en la tierra su libre curso. Una es la que incita á no pocos escritores á decir que nada saben, confesión que no es un impedimento para que se presenten en la palestra de la sabiduría, dejando entrever en sus modestas frases un ogullito solapado, y yo, en obediencia de tal costumbre, he acudido, para dar una prueba de mi modestia, á la frase sacramental de los mal perjeñados conceptos; la otra corriente que ha derribado mi altivez, es aquella que apoderándose de la debilidad de los hombres háceles decir, muchas veces, lo que no sienten, y prueba de ello es, lector mío, el calificativo que te he dado, sin tener la honra de conocerte. Si bondadoso eres, por naturaleza, el adjetivo resulta innecesario, pues siempre habría contado con tu indulgencia, porque la bondad y la caridad al prójimo son dos virtudes inseparables en la tierra; si bondadoso no fueses, confiesa que, conforme á una práctica social, he acertado al blanco echando mano de esa substancia alcalina, que tanto sirve para desmanchar la ropa, como para dulcificar los caracteres acres ó rehacios.

Por consiguiente, el calificativo que he lanzado á la ventura, hágolo extensivo á todos los lectores; de éstos, unos como tú se mostrarán benévolos conmigo, que tal proceder arguye nobleza de alma, y otros habrá por demás quisquillosos, que hincarán el diente de su crítica en mis escritos para castigarme por las verdades amargas que creyeren encontrar en ellos, empeñándose en avenirse el saco que, sin medidas determinadas, haya yo podido zurcir.

Me dirás, lector amigo, que perteneciendo á la sociedad de que trato debo participar de sus defectos y me tendrás, sin duda, por un diablo predicador. A ser cierta tu aserción, las verdades que te diga serán hijas de una dilatada experiencia y por consiguiente de mayor autoridad, por aquello de que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

También he querido personificar en tí á todo un público, porque fácil es entenderse con un sólo individuo y no con la turba multa que causa miedo. Larra, el donoso Fígaro, preguntaba en el "Pobrecito Hablador" ¿quién es el público y en dónde se le encuentra? Yo puedo, también, responder á la pregunta, porque igualmente conozco á ese público y sé donde se le halla. Si tú, caro lector, sales de tu casa, lo encontrarás diseminado y por tanto inofensivo en las plazas, calles y avenidas, y si fijas tu atención en los diversos individuos que pululan en la ciudad, puedes descubrir en muchos, á la par que su presunción, sus distintos caracteres, con sólo mirarles el rostro, pues que por el sobrescrito se conoce la carta. Al pasar tu revista no cesarás de exclamar: éste no sabe jota; ese no sabe de la misa la media; aquel no sabe dónde tiene la mano derecha; el de acá no sabe cuántas son cinco, y el de allá no sabe leer más que en su misal; y por el estilo irás descubriendo á los demás la hilaza, pero ten bien entendido que á muchos de los que así ves, vagando por esos mundos de Dios, lo que de meollo les falta les sobra de atrevimiento.

Si á pesar de tu inteligencia, débil es tu perspicacia, poco ó nada aprovecharás del examen fisonómico que, por mi consejo, quisieras emprender, mas no te engañarás, te lo aseguro, si piensas mal de todo "hombre de mala catadura," por lo que de ese tipo expresó, con tanto acierto, el bueno de don Alfonso el Sabio.

En cambio, otros individuos se presentarán á tu vista, aunque en notable minoría, respecto de quienes no puedes lanzar idénticas exclamaciones, pues en ellos advertirás los principales rasgos de sus facultades intelectuales, y aun de ese pequeño número de ciudadanos ilustrados, debes descartar á los sabihondos, de quienes, por su presunción desmedida, has de precaverte como de los animales ponzoñosos, pues aun cuando el mérito y la modestia constituyen generalmente un consorcio admirable, la última de esas virtudes suele andar descaminada, razón por la cual te aconsejo, que nunca intentes entablar con ellos polémica alguna, por justa que sea tu causa, pues ten por cosa cierta que el vulgo, agrupación de individuos sin criterio propio, fácilmente se doblega á voluntades extrañas, y no concede la razón al que la tiene, sino al que lastima ó difama.

La reunión de esos individuos, de todas clases y jerarquías, de notables diferencias en lo físico y en lo moral, de gustos y pareceres contrarios, constituye ese público tan temible por su calidad de montonero. Donde quiera que suene un tamboril lo encontrarás ejerciendo sus libertades, cada cual conforme á sus inclinaciones, costumbres y educación.

En su calidad de "Juan Diego," como lo llamaba Altamirano, en todo se entremete, nada más que casi siempre tiene el don particular de rebajar lo que por su naturaleza y cualidades es elevado y ensalzar lo que propende á la bajeza y á la ruindad; y siendo como es su presunción ilimitada, cree saber de todo, cuando en realidad de verdad, de poco entiende. Por eso llamo mártir á la parte ilustrada de la sociedad pues nada entre dos aguas, entre la arrogancia de los de arriba y la ignorancia de los de abajo.

Ese público, unas veces se presenta manso y bonachón cuando hay quien lo sujeta pero otras se exhibe con todos los instintos de su fiereza, cuando puede ejercer contra el caído sus facultades soberanas, y como cada acto social tiene su público determinado, la manifestación de tales facultades es más ó menos amenazante, en razón inversa del menor ó mayor grado de cultura que reside en los individuos.

Las festividades cívicas son las que atraen un público más numeroso pero éste se divide en dos grupos: el patriota y el patriotero. El primero celebra con dignidad las glorias nacionales, y el segundo las canta, pero como en todos sus actos, fuera de tono. Otro público digno de especial mención por su importancia numérica y constante renovación, es el concurrente á los templos, el cual puede, así mismo, dividirse en dos clases: la de los creyentes sinceros que se congregan para dar cumplimiento á los preceptos religiosos, y la de los tibios que sólo acuden para dar tributo á la costumbre.

El público taurómico y el aficionado á los espectáculos teatrales, por el sis-

tema de tandas, son gemelos por sus gustos y pareceres, caracterizándose ambos por la intercadente turbación del juicio. Si el primero vocifera y se enloquece ante las sangrientas escenas que se desarrollan en la arena, el segundo se enloquece y grita ante el aniquilamiento del arte en las tablas.

Existe un público que ha establecido el principio de la igualdad, pero no con las notables miras de la democracia. La levita, la chaqueta y el sarape se ostentan en repugnante consorcio y con la despreocupación que constituye uno de los rasgos de la ilustración que alcanzó el siglo XIX, en los garitos, en las cantinas y en las comisarías. Ese consorcio del traje negro y del traje pardo resalta más en las manifestaciones populares, en las que los del segundo grupo incitados por los del primero, dan á su ánimo tan grande expansión, que traspasa el límite de las conveniencias sociales. De este público, al que las falsas doctrinas han hecho creer, que él sólo constituye el pueblo soberano, y que su voz es la de Dios, me abstengo de hablar, tanto porque su modo de ser es de todos conocido, como porque no quiero incurrir en el crimen de lesa majestad. Al mencionar el siglo XIX, hice abstracción de sus adelantos científicos, artísticos y literarios, por los que recibió justamente el nombre de siglo de las luces, y sólo me referí á dos clases de individuos: una la de aquellos que por ir en la vida muy de prisa, corren desatinados y sin freno, sin reparar en los tropiezos peligrosos del camino, y otra, la del estado llano, público levantisco, quisquilloso y de pelo en pecho, pero que en achaques de ilustración ha quedádose en el limbo. En tal concepto, el aludido siglo, malo fué como su padre y nos dejó un hijo lleno de gracias, pero mal educado y en extremo calavera, que ha de dar más guerra que sus antepasados, si Dios no lo remedia.

Nadie puede dudar de las excelencias del siglo que acaba de pasar; hoy todo se hace por la electricidad, hasta los matrimonios, pues los que arden en el fuego del amor, obran con rapidéz suma: se miran, se consiertan y se van.

A pesar de todo lo expuesto, puedo asegurar, que reside en la sociedad un público que rinde culto á la honradez y á la virtud, y otro al que me permito llamar por excelencia clásico, que conserva por las bellezas del arte su buen gusto y la tradición.

Aún más pudiera decirte, lector amigo, mas suspendo por ahora, otras apreciaciones, á fin de no hacer difuso este prólogo de mi libro, que se ha extendido más de lo que yo quisiera, y para no agotar en un sólo cuadro los brillantes colores que la misma sociedad ha puesto en mi paleta.

Persuadido debes estar, discreto amigo, de que en mis narraciones he atado corto á la mentira, elemento de que se sirven los escritores de historietas vulgares y engañosas, buenas para los de escaso ingenio, mas no para los de espíritu fuerte y juicio claro. Mi manera de escribir, como habrás observado, tan pronto llana, tan pronto seria, según el estado de mi ánimo y las circunstancias lo requieren, te dará á conocer la índole de mi libro; y por lo que atañe á las descripciones que en él haga, he de hablarte: así de la hierbecilla que crece en la húmeda grieta

de una roca, como del robusto liquidámbar, abrigadero de pájaros cantores; así del arroyuelo que juguetea, como un niño, en el florido prado, como del ya crecido río que impetuoso se desborda, rompe diques y salva los escollos que encuentra en su camino y, al fin, manso y reposado, tras de su largo curso, termina su existencia sepultándose en los abismos del mar; así de la verde colina que apenas se levanta sobre los extensos llanos que la rodean, como del gigante de nuestro valle, del Popocatepetl, hermosa montaña que se alzó á grande altura, vomitó fuego y al besar el cielo heláronse sus labios.

He dividido en tres partes el libro que te ofrezco.

La primera trata de la historia de los Monasterios en México, cuya lectura es hoy de mayor interés por haber sido aquellos suprimidos.

La segunda desarrolla cuadros de costumbres que casi en su totalidad han desaparecido, á causa de las evoluciones naturales de la sociedad.

La tercera ofrece cuadros descriptivos y narraciones con ciertos pormenores que interesan á la historia general del país.

Las reflexiones y las consiguientes moralejas á que sujeto ciertos asuntos de mi libro, son hijas de mis convicciones, y en otros las omito porque, tanto unas como otras, se desprenden de la misma relación; pero declaro, y afirmo, ante todo, que el espíritu de mis escritos no es el de ofender, aun cuando á veces así lo parezca por la exposición de una verdad. Mis observaciones son generales, con absoluta abstracción de alusiones personales. Ni celos ni rencores me animan, sino un buen deseo, cual es el del progreso moral y material de la República. En la presente época se ha llevado á cabo una obra colosal con el establecimiento de la paz. La barrera que obstruía el paso de la corriente civilizadora, fué por ella destruida, pero aún trae ésta en su impetuoso movimiento revueltas sus aguas que es preciso purificar. Hay que destruir diques y rompientes que en su cauce le forman aluviones procedentes de regiones incultas, para que, deslizándose pura y tranquila, pueda llegar sin obstáculo alguno á su deseado y final destino.

Al abrir el "Libro de mis recuerdos" se levanta el velo de lo pasado y aparece en la escena una sociedad que, por sus costumbres, difiere esencialmente de la actual. En aquella brillaba más el elemento moral y en ésta resalta el elemento material: fúndanse en uno ambos caracteres y la nación será grande.

Antonio García Cubas.

